

DISCURSO DEL ACADEMICO DON JOSE TOLA PAS-  
QUEL: "OSCAR MIRO QUESADA Y LA DIMENSION  
CIENTIFICA DE SU OBRA"

La trayectoria intelectual de Oscar Miró Quesada constituye un caso excepcional en la historia de la cultura peruana. Iniciado muy joven en los estudios filosóficos y literarios, e interesado muy tempranamente en el periodismo, prosiguió luego el estudio del derecho. Más tarde y a lo largo de toda su vida, fue ampliando el campo de sus intereses intelectuales hasta el punto de que, finalmente, no hubo materia de importancia cultural a la que no prestara atención con su energía y seriedad características, animado por un firme propósito de difundir el resultado de sus estudios a través del periodismo.

En la enseñanza universitaria, que ejerció en la Universidad de San Marcos por muchos años, lo vemos catedrático de sociología a los 26 años, de derecho penal a los 31, y a los 36 de criminología, cátedra de la que fue fundador en nuestro país.

Su producción escrita comprende, además de varios millares de artículos periodísticos, más de treinta libros. Unos y otros están consagrados a temas de actualidad relativos a los más diversos dominios del saber, destacando entre ellos los que dedicara a dar a conocer asuntos cientí-

ficos de sumo interés, que eran de difícil acceso al gran público. A este último aspecto de su amplia y meritoria tarea educativa deseo dedicar preferentemente estas palabras en homenaje a su ilustre memoria.

Sorprende en su extensa obra no sólo la variedad de los temas que estudió y explicó, sino, sobre todo, el consumado esmero que puso en recurrir a las fuentes más autorizadas que tuvo a su alcance, con el fin de tratarlos con la mayor fidelidad, empeñándose luego en exponerlos con suma claridad y detalle para hacerlos llegar a sus innumerables lectores. En esa abundante producción no sólo son de importancia los trabajos dedicados a los temas de sus preferencias juveniles: la Filosofía, la Literatura, el Derecho, el Arte, sino a otros, alejados de ellos, en que se manifiestan su deseo de saber y su incansable trabajo intelectual. Admira particularmente, entre sus obras, las que dedicó a ciencias tan diversas como la Astronomía, las Matemáticas, la Física, la Química, la Biología, la Geografía la Psicología, la Medicina y la Economía.

Sorprende más aún saber que, en su empeño por comprender profundamente lo que deseaba explicar luego con rigor pero con sencillez, no vaciló en realizar el esfuerzo considerable de iniciarse en el estudio de las matemáticas superiores en una edad relativamente avanzada. En particular, pasados ya los cincuenta años de edad, y requerido por las exigencias de sus lecturas científicas, emprendió el estudio del cálculo infinitesimal, materia que es de difícil acceso, más aún en momentos en que estaba solicitado por otras importantes tareas.

Un homenaje a Oscar Miró Quesada no puede reducirse, a mi juicio, a la narración de su biografía, ni a los elogios que con justicia merecen su personalidad humana y los propósitos que animaron a su obra intelectual. Creo que requiere, sobre todo, un esfuerzo por dar a conocer esa obra, cuya elaboración ocupó parte importante de su vida;

describir sus méritos e inducir a consultarla para aprovechar las muchas enseñanzas que contiene: ideas y conceptos que no han perdido su valor y que fueron, sin duda, resultado de laboriosos estudios y largas meditaciones. Por tales razones trataré de describir en forma muy abreviada lo más esencial de algunos de sus trabajos más significativos que se refieren a temas científicos.

En 1919 publica Racso sus "Elementos de Geografía Científica del Perú", libro del que publicó una segunda edición revisada, en 1924. Fue su propósito, al escribir esa obra, contribuir a una reforma sustancial de la enseñanza de la Geografía en nuestras escuelas y universidades. En la introducción aclara su intención de evitar que la enseñanza de la geografía, materia de tanta importancia para el conocimiento adecuado e integral del territorio nacional y de todas sus características y posibilidades, se redujera únicamente a "una simple enumeración árida y muerta de nombres de continentes, islas, cabos, puntas, mares y países, para convertirse en un verdadera ciencia".

El libro se divide en tres secciones que se refieren a la geografía física, la geografía biológica y la geografía económica y política. Reunió en ellas una abundante información que recogió en las mejores fuentes. Al mismo tiempo que una circunstanciada descripción del país, de sus regiones, de sus características físicas, de su población, de la fauna y de la flora, aprovechó de todas las ocasiones para añadir informaciones históricas, explicaciones científicas de carácter general y datos estadísticos de mucho interés, acerca de la agricultura, la ganadería, la pesquería, la industria, la minería, los medios de comunicación y el comercio; con todo lo cual el libro da una interesante visión del Perú en la época en que fue escrito, y constituyó, en su tiempo, una valiosa contribución a la educación de nuestro pueblo.

En 1920, al año siguiente de la publicación del libro de geografía científica, la Sociedad Geográfica del Perú

publicó un conjunto de conferencias que ofreció Racso a invitación de esa ilustre corporación. Esas conferencias estuvieron inspiradas en propósitos didácticos análogos a los del libro antes mencionado, y fueron consagradas a la Antropogeografía o Socio-geografía. En la introducción a la primera conferencia manifiesta su convicción acerca de la urgente necesidad que existía en nuestro país de informar al gran público sobre los progresos de la ciencia en todos los dominios. Es interesante notar que señala, entre otras cosas, la importancia de la extensión universitaria, actividad de la que sin duda fue precursor entre nosotros y que sólo en años recientes ha comenzado a alcanzar un cierto grado de desarrollo en nuestro medio.

Una de las obras que evidencian más claramente el esforzado trabajo de Racso por despertar el interés por la difusión del conocimiento científico fue su libro sobre "La Teoría de la Relatividad y la Teoría de los Quanta" publicado en 1940 por la editorial Ercilla. Tuvo su origen esta obra en 22 artículos que publicó en "El Comercio" con ocasión de la publicación del famoso libro que escribieran Einstein e Infeld sobre "La evolución de la física". En esos artículos Racso explicó con ejemplar cuidado y claridad los aspectos sobresalientes de esas dos grandes teorías, su importancia incalculable para la ciencia y sus trascendentales consecuencias en los órdenes científico, tecnológico y filosófico. Dice a propósito de su propio trabajo: "como el objeto principal de nuestra obra es explicar en forma clara los principios fundamentales de la relatividad y de los Quanta, hemos prescindido de toda pretensión literaria al escribirla; por lo tanto, su estilo podrá resultar, a veces, incorrecto, porque hemos sacrificado deliberadamente la forma al fondo; la elegancia retórica y la belleza verbal a la exactitud y sencillez de las explicaciones".

Es interesante señalar que el contenido del libro fue conocido por el propio Einstein quien, en una carta que

dirigió al autor, expresó su admiración porque un diario hubiera podido ofrecer a sus lectores una exposición tan precisa y detallada de un tema científico de tal dificultad; y agregó que, en su opinión, expresaba con toda propiedad, lo esencial del contenido intelectual del libro que él había escrito en colaboración con Infeld.

El libro de Miró Quesada consta de más de 200 páginas y está dividido en tres partes que tratan de la física mecanicista y del campo electromagnético, de la teoría de la relatividad y de la teoría de los Quanta. Las ideas de Einstein son explicadas con frecuentes menciones del libro a que nos hemos referido, en términos tan sencillos que su sentido puede ser entendido con pocos conocimientos previos y se puede lograr así una comprensión suficiente de una teoría que apasionó en su tiempo a la opinión mundial y que ha revolucionado nuestras nociones fundamentales acerca del universo, del espacio y del tiempo, y cuya comprensión rigurosa y cabal requiere del empleo de las más poderosas y difíciles técnicas matemáticas, al par que un profundo conocimiento de las ciencias físicas.

En 1944 publicó Racso un libro filosófico-científico de naturaleza muy distinta: "El Número y la Realidad". Interesado ya por entonces, seriamente, en las matemáticas, y convencido de su importancia en el desarrollo de todas las ciencias, no deja de aparecer muy clara, como siempre, su vocación filosófica, cuya presencia aparece evidente en la bibliografía que acompaña al libro. Sin embargo, desde la introducción destaca con claridad su interés por los aspectos puramente matemáticos. Dice así: "las matemáticas pueden ser consideradas como la ciencia fundamental, porque a ella tienden todas las otras ciencias cuando se desarrollan y perfeccionan". Esta afirmación la justifica y la ilustra citando con entusiasta admiración a los más célebres matemáticos fundadores del análisis y del álgebra modernos: Gauss, Cauchy, Abel y Galois, y a los creadores de la teoría

del número real: Cantor y Dedekind. Dice, al referirse a sus creaciones, que ellas “han hecho ascender al pensamiento matemático a las cumbres abstractas de la metafísica y de la idea pura”. Sus convicciones a este respecto, que expresó en diversas formas en sus escritos, concuerdan con las de grandes filósofos y científicos contemporáneos. Para citar solamente a uno de ellos que se cuenta entre los más célebres físicos de los últimos cien años mencionaré una breve y famosa frase de Max von Laue: “La matemática es la ciencia que proporciona de la manera más pura y directa la vivencia de la verdad”. Este juicio es coincidente, en su espíritu, con otros semejantes que expresó Racso en muchas oportunidades.

El libro a que me estoy refiriendo, es decir el referente al número y la realidad, es sin duda, principalmente, de índole filosófica. Para Miró Quesada “Las matemáticas plantean a la mente del hombre tres problemas filosóficos de extraordinaria importancia para el desarrollo y el perfeccionamiento del saber humano: su carácter necesario, su naturaleza de conocimiento progresivo o extensivo y la sorprendente coincidencia de ese conocimiento con la realidad”. “¿Por qué —se pregunta— las verdades formuladas por el cálculo son necesarias y aumentan el saber, y cómo es que las operaciones matemáticas llevadas a cabo por el sujeto se aplican al objeto?”. Y añade: “mientras no se dé respuesta adecuada a esas interrogaciones, permanecerá sin solución el problema fundamental de las matemáticas, y el hombre dispondrá de un precioso instrumento de estudio y de proceso intelectual de esencia desconocida”. Concluye la introducción refiriéndose a su trabajo como un ensayo sobre algunos problemas filosóficos principales planteados por las matemáticas.

El libro se divide en tres partes, cada una de las cuales trata de una de las tres cuestiones que antes he mencionado y que, según piensa, toca a la teoría del conocimiento mate-

mático explicar. En consecuencia, esas tres partes tienen los títulos siguientes: "La verdad apodíctica" (es decir que no admite contradicción), "El conocimiento extensivo" y "La coincidencia empírica", respectivamente.

En la primera parte define y compara las tres clases de verdades que llama asertóricas, problemáticas y apodícticas. Pone en relieve la importancia de las últimas, entre las cuales las verdades matemáticas constituyen el modelo por excelencia. Destaca su naturaleza inminente y su carácter lógico. En lo que toca a su apriorismo, se refiere a la distinción entre el conocimiento puro y el empírico. La doctrina kantiana y los criterios del gran filósofo le dan ocasión para mostrar el carácter necesario, no contingente, de los conocimientos matemáticos, para establecer finalmente que son conocimientos apodícticos.

Siguiendo siempre a Kant plantea una cuestión esencial en estos términos: "¿cómo explicar este misterio gnoseológico de un conocimiento apodíctico, necesario, a priori, basado en juicios analíticos y que, a la vez, permite aumentar el conocimiento y agregar nuevas verdades a las ya conocidas, como si se tratara de juicios sintéticos?". Este problema central de la filosofía de las matemáticas le permite, entonces, explicar con sencillez y claridad las teorías que intentan darle respuesta: el criticismo, el empirismo, el formalismo, el logicismo y el intuicionismo.

El resto de la primera parte del libro trata acerca de otras cuestiones que interesan a la naturaleza del conocimiento matemático, particularmente en relación con el concepto de número. Termina con una descripción de la matemática abstracta y con un comentario filosófico sobre la definición del número.

La segunda parte comienza con un examen del saber matemático en que examina y refuta la afirmación vulgar, frecuentemente repetida, de que el conocimiento matemático

no aumenta el saber. Apoya su explicación con citas de los grandes matemáticos Emile Pocard y Henri Poincaré.

En la última parte trata acerca de la sorprendente aplicabilidad de los métodos y de los resultados de las matemáticas a las ciencias de la naturaleza y, en épocas recientes, a otros muchos campos del conocimiento. A ese propósito manifiesta sus convicciones con estas palabras: “se necesita la ceguera de un dogmatismo filosófico obstinado para no darse cuenta de que la posibilidad de la coincidencia empírica es evidente, y que los hechos cotidianos de la vida suministran, continuamente, ejemplos de la aplicación de las matemáticas a la realidad”. Ilustra su afirmación con diversos y clásicos ejemplos tomados de la mecánica y de la astronomía, y hace referencia, mencionando sus más importantes contribuciones, a Galileo, Kepler y Newton, entre aquellos quienes, al sentar las bases de esas ciencias, demostraron, con evidencia indiscutible, el papel fundamental que toca a las matemáticas en el estudio de la naturaleza. Hoy no sería difícil escribir largas páginas sobre las innumerables y sorprendentes aplicaciones que tienen las matemáticas tanto en las ciencias naturales cuanto en las que no lo son en sentido estricto.

La parte final del libro que Racso consagró al número y la realidad está dedicada a examinar las razones de orden filosófico de la coincidencia entre los resultados de las matemáticas y la experiencia, y al mecanismo de esa coincidencia.

El libro que he descrito tan sucintamente considero que tiene importancia en el análisis de la evolución del pensamiento de su autor. No obstante su brevedad —tiene solamente 70 páginas— muestra elocuentemente su creciente convicción acerca de la extremada importancia de las matemáticas para el conocimiento y la investigación del mundo físico, sin que por eso deje de estar permanentemente pre-

sente en su pensamiento su profunda vocación filosófica y su preocupación de siempre por llegar a un vasto público.

En 1945 publica Oscar Miró Quesada, en colaboración con su hijo Francisco, un libro que titulan "El Problema de la Libertad y la Ciencia". En esta ocasión, el principio físico de indeterminación de Heisenberg, que se expresa matemáticamente por las llamadas relaciones de incertidumbre, sugieren a Racso —lo que es típico en él— un tema filosófico profundamente humano: el tema de la voluntad libre del hombre, el cual se propuso examinar "de manera objetiva e imparcial", como él mismo dice. Para hacerlo, contó entonces con la colaboración de Francisco Miró Quesada, a la sazón joven filósofo, profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos y estudiante de matemáticas en la Facultad de Ciencias.

Las relaciones de incertidumbre de Heisenberg constituyen la traducción matemática del hecho imprevisible y sorprendente de que ninguna medida experimental puede permitir el conocimiento simultáneo de la posición de una partícula de materia y, al mismo tiempo, de cuál es su estado de movimiento, es decir su velocidad y su dirección. Los principios de la mecánica clásica permiten determinar enteramente el movimiento de un sistema cuando son conocidos en un instante inicial la posición y el estado de movimiento de sus diferentes puntos. De esa manera resulta lo que constituye el determinismo de la mecánica clásica, cuyos éxitos resonantes, especialmente en la astronomía, habían llevado a los físicos a tratar de constituir una física teórica en la cual tuviera cumplimiento un determinismo de la misma naturaleza.

La nueva mecánica, que es consecuencia de los refinados resultados experimentales de los últimos 100 años, y, particularmente, el principio de indeterminación, han acabado con la noción del determinismo integral que constituía hasta hace poco una especie de dogma científico.

Es esa quiebra del determinismo la que sugirió a Miró Quesada su libro sobre la Libertad y la Ciencia, cuyo examen es requerido para conocer otra fase importante de la evolución de su pensamiento.

Al animismo, cuyo ejemplo clásico está contenido en la mitología griega, se opuso el determinismo científico que tuvo expresión dramática en la mecánica newtoniana. Los admirables resultados logrados mediante esta última influyeron definitivamente en el desarrollo científico del siglo XIX y plantearon el problema del determinismo en las acciones humanas y el de la negación del libre albedrío, cuestión moral de enorme trascendencia y de graves consecuencias prácticas. Los defensores del libre albedrío, que por entonces no podían dejar de reconocer la validez de la tesis determinista en lo que respecta al universo material, negaban sin embargo el determinismo en lo que respecta a lo espiritual y, en particular, en lo relativo a la libre determinación de las acciones humanas.

Desde que los hallazgos de la física moderna pusieron en tela de juicio la validez del determinismo en el mundo físico, en especial desde que fue admitido el principio de indeterminación de Heisenberg, no fue ya indispensable recurrir a un doble criterio para juzgar acerca de la existencia del libre albedrío. En el libro que comento, Oscar Miró Quesada y su hijo Francisco se aplicaron a tratar en primer lugar acerca del problema de la libertad en tanto se admitía sin limitaciones el determinismo de los fenómenos naturales. En segundo término trataron acerca de las consecuencias, en lo que respecta a esa cuestión, de las restricciones impuestas al determinismo por los recientes descubrimientos de la física.

En sucesivos capítulos expusieron las teorías de la libertad debidas a Kant, a Bergson y a Hartmann. A partir del capítulo V la exposición se traslada al campo de la física. En cuatro capítulos sucesivos son expuestas, en forma su-

cinta, las complejas cuestiones relativas al principio de incertidumbre de Heisenberg y a su explicación desde el punto de vista cuántico. Citaré las frases con que termina esa exposición: “por eso en el reino de los átomos impera el principio de incertidumbre, porque el quantum de acción de la luz que ilumina lo que se observa, presiona la realidad observada, la desplaza de su posición primitiva y altera su velocidad inicial, de modo que desaparecen las bases mínimas de toda previsión, fundamentos del determinismo y consecuencias de la ley de causalidad”.

“De donde resulta que existe una región del universo, el mundo de los átomos, donde las cosas acontecen a espaldas del determinismo y dentro de un grado de espontaneidad tan manifiesto, que todo ocurre como si las últimas partículas de que está hecha la materia fueran libres”.

“Por lo tanto, si en nombre del determinismo universal de la mecánica clásica había que resolver, metafísicamente, el problema de la libertad humana, en nombre de la teoría de los Cuanta y del principio de incertidumbre propio de la física atómica puede aceptarse la libertad del espíritu, porque hay una región de la realidad, el mundo de los átomos, donde también reina la espontaneidad”.

En el último capítulo, interesado, como era su intención, ya no solamente en el principio de incertidumbre, sino en su aplicación a la cuestión relativa a la existencia del libre albedrío se pregunta si la indeterminación física que resulta de las relaciones matemáticas de Heisenberg es verdaderamente real o si es que sólo deriva de la imperfección de nuestros conocimientos.

Después de dar cuenta de la posición, a ese respecto, de varios físicos célebres cuyas opiniones son discrepantes, y de señalar que algunos de ellos se inclinan a atribuir a la indeterminación un valor ontológico, y otros, Einstein entre ellos, quienes piensan que sólo lo tiene cognoscitivo, es decir condicionado por las limitaciones de nuestro cono-

cimiento, hace notar que, en tanto los físicos "son de enorme exigencia en lo que atañe a la problemática meramente física, son de enorme vaguedad en lo que respecta al planteo de los problemas filosóficos".

Por tanto, según su opinión, la falta de concordancia de las opiniones de los físicos, dejan la cuestión en el dominio de la filosofía y toca a los filósofos analizar la cuestión con arreglo a sus propios métodos.

Al terminar su obra, los autores se pronuncian explícitamente a favor de la realidad de la indeterminación, a cuyo fin no sólo toman en consideración el principio de incertidumbre sino otros fenómenos físicos de diferente naturaleza en que ocurre, también, una forma de indeterminación.

Todo el libro constituye una prueba de la importancia que llegó a atribuir Racso al conocimiento científico en la solución de los problemas filosóficos. Lo expresa con toda claridad en una de las frases finales de la obra: "Una consecuencia importantísima derivada del análisis del problema de la libertad y de las modernas teorías de la física, es la necesidad imperiosa que tiene la filosofía de tomar en cuenta los resultados de la ciencia".

Me referiré ahora a otro de sus trabajos acerca de un tema que toca a la física.

El 6 de agosto de 1945 tuvo lugar la destrucción de la ciudad de Hiroshima debido a la explosión de la primera bomba atómica. Tres días después fue destruida de la misma manera Nagasaki. La acción destructiva se debió a la tremenda cantidad de energía liberada por fisión nuclear instantánea de una carga de Uranio (U-235). El poder explosivo fue equivalente, en cada caso, al de 20,000 toneladas de trinitro tolueno (T.N.T.), el explosivo más poderoso hasta entonces conocido. En Hiroshima hubo 66,000 muertos y en Nagasaki 39,000. No obstante que en aquella época se mantenía en el más completo secreto el gran proyecto que estaba en marcha, con el propósito de superar las

extraordinarias dificultades científicas y tecnológicas de la fabricación de una bomba atómica, ya habían trascendido los descubrimientos fundamentales que aseguraban su posibilidad. No eran desconocidos, en particular, los trabajos decisivos de Otto Hahn y Friedrich Strassmann, de 1938, que demostraron la fisión del núcleo del átomo de uranio por el bombardeo con neutrones y la posibilidad de que esa fisión fuera capaz de producir una explosión de gran potencia.

A raíz de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki Racso inició la publicación, en "El Comercio", de una serie de artículos con el fin de dar a conocer al gran público la razón de la enorme potencia explosiva de la bomba atómica. En el mismo año 1945 esos artículos fueron publicados en un libro al que tituló "La Bomba Atómica. Explicación de su potencia prodigiosa". Por entonces las publicaciones especializadas acerca de ese tema eran muy pocas. Ya eran conocidas, como he señalado, las célebres experiencias definitivas de Hahn y Strassmann y no eran desconocidos los principios teóricos que permitían calcular la energía desarrollada por la desintegración atómica.

De todo ello Racso dio cuenta detallada, aunque en términos elementales, en su libro de 50 páginas. Desde luego, no le fue posible descubrir la reacción en cadena ni su realización práctica, en 1942, en la pila atómica de Fermi en la Universidad de Chicago. No obstante, logró dar una coherente explicación del núcleo de uranio.

El idealismo, de Racso al par que su admiración profunda por los logros de la investigación científica, se pone de manifiesto en uno de los párrafos finales de su libro: "Algún día —dice— veremos a la fuerza de los átomos desencadenar su potencialidad lentamente, y ese día será el tabor de los pueblos. Gramos de materia desintegrable moverán la maquinaria de la industria, y reducida así a casi nada el precio de la energía creadora, los bienes materiales

de esa manufactura baratísima resultarán al alcance de todos. Y entonces han de desaparecer las desigualdades humanas provenientes de la disparidad de fortunas; todos tendrán lo necesario para la vida, y los hombres serán diferentes por lo que son y no por lo que tienen. Un mundo nuevo edificado sobre la inteligencia y la virtud hará efectiva la fraternidad de los seres humanos; con honores y rangos debidos a sus merecimientos y no a sus monedas. Y lo que hoy es bomba atómica que destruye y mata, será mañana fuente de energía creadora que ennoblece y vivifica”.

Han pasado cuarenta años de que esas palabras fueran escritas por el gran humanista que fue Oscar Miró Quesada. Si bien sus profecías no se han realizado aún, podemos alentar la esperanza de que sean cumplidas algún día.

La última de las obras de Miró Quesada de contenido científico, que deseo mencionar, fue publicada en 1950 y se tituló “Copérnico, su vida y su obra”. Tuvo su origen en la conferencia que ofreciera en la sesión organizada por la Academia Nacional de Ciencias de Lima el 24 de mayo de 1943, al celebrar el cuarto centenario de la muerte del ilustre astrónomo polaco.

Como en todos los escritos científicos de Racso, en este libro aparece desbordante su entusiasmo por las conquistas intelectuales del hombre. Describe con la más honda simpatía la vida del gran sabio. Al exponer su admirable obra destaca su papel decisivo en el desarrollo del conocimiento y de nuestra concepción del universo desde su época hasta nuestros días. En la conclusión de su libro rinde un emocionado homenaje de admiración a la personalidad del célebre genio polaco, cuya obra —dice— “constituye un triunfo de la razón sobre el testimonio ilusorio de los sentidos”. Y termina expresando su admiración no sólo por la penetración de su pensamiento sino también por la invencible

independencia de su mente creadora que superó todos los arraigados prejuicios de su tiempo.

He examinado, en forma muy incompleta desde luego, algunas de las obras de Racso. A pesar de eso confío en que no hayan quedado dudas acerca de su labor educativa poco común y de la influencia que esa labor ha ejercido en la cultura de nuestra patria. En mi concepto sus artículos y libros científicos han tenido parte importante en el largo y laborioso proceso, aún en marcha, por el que, en forma paulatina, se está tomando conciencia entre nosotros de la necesidad urgente de impulsar de manera efectiva el desarrollo científico y tecnológico. Esa tarea, en la que él dio un ejemplo inigualado, no ha terminado todavía; pero hoy son muchos los que siguen su ejemplo y trabajan ardorosamente por los mismos ideales.

Al estudiar la vida de Oscar Miró Quesada, al rememorar su personalidad cálidamente humana, su permanente ansia de saber acerca de todo lo que puede interesar a los hombres, y al recordar su natural bondad, su entereza moral, su transparente sencillez y su esforzado empeño por compartir con todos el resultado de sus estudios, viene a la memoria, inevitablemente, la bien sabida frase de Terencio. Creo, en efecto, que pocos tuvieron, entre nosotros, como él, el derecho de decir con toda justicia: "Soy hombre y nada de lo que atañe a la humanidad me es ajeno". Y por todos esos motivos aparecen diáfanas, a mi entender, las razones por las cuales tantas mentes preclaras han coincidido en ofrecerlo a la juventud como ejemplo de humanista, de sabio y de maestro.